

CADIZ 21 DE DICIEMBRE.

Publica *El Siglo* un importante artículo, titulado *Lo fundamental*, para afirmar una vez más que no seguirá nunca las tendencias revolucionarias, puesto que se ha inclinado á las soluciones monárquico-constitucionales, dentro de cuyo sistema cabe perfectamente el de la libertad y tolerancia, compatible con nuestras costumbres.

El apreciable colega dice que comprende que el personalismo en política es una calamidad para los pueblos; pero que como éste es un mal que alcanza á todos los elementos políticos del país, se someterá primero á las presiones del poder constituido que á las imposiciones de las masas. Señala en seguida el gravísimo error en que dice estar los que creen de buena fé que aquí podrían fácilmente contenerse las pasiones con otro régimen que no fuese el monárquico-constitucional.

No habría discurso, argumento, esfuerzo de ingenio, por elocuente que fuese, que pudiera, dice, persuadirle de que al desaparecer de entre nosotros la monarquía, no se apoderasen instantáneamente de todos los ámbitos del país, produciendo en ellos, por de pronto, la guerra civil, los elementos más avanzados de la democracia española, cuya fuerza de impulsión, al caer el sistema que la contiene, no podrían en modo ni en forma alguna contrastar esos otros elementos democráticos que se llaman conservadores y que, por solo la pretensión de serlo, se han desviado de las muchedumbres revolucionarias, que se constituirían sin que nadie pudiera impedirlo, en comités de salud pública.

*El Siglo*, que ha escrito un artículo «reflexionando serenamente sobre las complicaciones graves de la política que algunos creen inevitables y próximas,» en vista de lo cual juzga oportuno fijar su situación, concluye diciendo que «no quiere contribuir en forma ni en modo alguno á los desastres de la patria, para poder, siempre que sobreviniesen, lavar sus manos y tener tranquila su conciencia.»

Ya se sabe que *El Siglo* es órgano en la prensa de las opiniones que representa el general Martínez Campos. Su artículo tiene, pues, verdadera importancia y merece fijar la atención de amigos y adversarios.

No nos parecen menos dignas de ser conocidas las siguientes observaciones que la lectura de ese artículo ha sugerido á nuestro ilustrado colega de Madrid *La Epoca*:

«Hemos dicho y sostenido constantemente que los hombres que representa *El Siglo* no irían nunca á donde los han llamado con insistencia los que pretendían utilizarlos como poderosos elementos, á reserva de darles después, por lo menos, el olvido como recompensa de sus servicios. Bajo este punto de vista, y por lo que á nosotros hace, son innecesarias, por más que siempre sean muy honorables, sus protestas de firme y constante adhesión á la monarquía constitucional y á la dinastía.

Convenimos con nuestro estimado colega en las apreciaciones que hace respecto de lo que sucedería si por desgracia y aunque por poco tiempo desapareciese la actual forma de gobierno. Una experiencia bien reciente y el conocimiento de la transformación que se ha obrado en las masas revolucionarias, nos hacen tener por muy exacto y no recargado de tintas el cuadro que ha trazado de la situación que habría de crearse.

Más por lo mismo que convenimos en su exactitud, y pues *El Siglo* dice que algunos creen inevitables complicaciones graves en la política, creemos muy procedentes algunas observaciones.

Si el personalismo es un mal que alcanza á todos los partidos, ¿por qué ha combatido y combate á la situación, suponiendo que es personalísima, por más que ello parezca notable equivocación? El apreciable colega ha podido en más de una ocasión caer en la cuenta de que se podría aplicar á determinadas oposiciones la respuesta de Platón al filósofo que pisaba desdeñosamente sus alfombras:—«Piso el fausto de Platón—Si; pero con otro fausto.» Se combate un personalismo verdadero ó supuesto; pero con otro personalismo. El apreciable colega lo confiesa, al reconocer que es un mal que afecta á todos los partidos, y bien sabe que en todos ha habido y hay una dosis no pequeña de personalismo, que imprime su carácter á todos los actos de su vida política.

¿Es conveniente tratar de que una situación se debilite y desaparezca, teniendo el triste convencimiento de que podría facilitarse, con uno y otro cambio, el advenimiento de lo que cuantos aman á su patria tienen el más vivo interés en impedir? Porque si á la situación actual se la combate por su pretendido personalismo, y si éste es un mal que padece todos los partidos, habrá de combatirlos con igual perseverancia y energía, y con los mismos argumentos, teniendo además el de la caída de otra situación, que hubiese sido derribada por aquella causa.

*El Siglo*, que tras determinadas situaciones ve el desbordamiento de las pasiones demagógicas, con sus comités de salud pública, dice que no quiere contribuir en forma ni en modo alguno a los desastres de la patria, para poder, siempre que sobreviniesen, lavar sus manos y tener tranquila su conciencia. Permitanos el apreciable colega que le digamos que esto no basta; que no es suficiente no contribuir directa y activamente á los males de la patria, sino que es preciso no permanecer en la inacción, dejando que por la actitud pasiva de los que pudieran impedirlo, consigan ciertos elementos sobreponerse á los del orden, y ocasionar los desastres de que anticipadamente se lamenta.

No basta lavarse las manos, como dice el apreciable colega. La historia no ha podido disculpar, y menos justificar, al que se hizo célebre por habérselas lavado, pues no había puesto los medios para impedir aquello de cuya responsabilidad se quería eximir. Hay que trabajar, tomar parte activa y todo lo eficaz que se pueda para que no se realice lo que se tiene por un gran mal para la patria: después de haberlo hecho, es cuando se puede descansar tranquilamente por haber cumplido con el deber.

Una vez más consigamos nuestra creencia, nuestro profundo convencimiento de que los hombres de *El Siglo* cumplirán con el suyo, y no verán impasibles que se intente consumar la ruina de la patria. Tenemos una muy alta, y creemos que muy exacta idea, de su patriotismo, y estamos seguros de que no permanecerían inactivos cuando se presentase la ocasión, y que sabrían deponer sus preveniciones en aras del bien público y en defensa de lo que sus antecedentes y sentimientos los llaman á defender. La patriótica actitud en que vemos con gusto que se halla colocado *El Siglo*, es una prueba de lo que decimos y una garantía de que, si se presentase una ocasión solemne, no vacilaría en romper compromisos que todavía no ha roto por ciertos respetos, de que al fin y al cabo tendrá que prescindir.»

Las visitas hechas el Viernes al señor Cánovas del Castillo por los ministros de Estado, Guerra, Gobernación, Marina y Ultramar, que tanto comentan algunos periódicos, tuvieron por objeto presentar al presidente del Consejo notas de todos los asuntos más importantes que se han despachado durante el inter-

regno parlamentario, así como de los proyectos en estudio en los diversos departamentos ministeriales, con el fin de que el Sr. Cánovas pueda tenerlos á la vista al ocuparse de la redacción del Mensaje.

Acerca de la actitud del conde de Valmaseda, dice *El Liberal* lo que sigue:

«Después de copiar *El Mundo Político* los sueltos de *La Correspondencia de España* y de *El Correo*, referentes á la actitud del conde de Valmaseda, dice «que si circularan noticias contradictorias respecto á su actitud, es porque las hacen correr los que las inventan, no porque dé lugar á ello la noble conducta del general Villate. Es preciso que lo sepan de una vez todos los que de este asunto se vienen ocupando.»

A pesar de estas afirmaciones, no todos creen que está en lo cierto el colega al afirmar lo que afirma, ni menos que lo haga autorizadamente, pues esto equivaldría á dejar envuelta entre nubes la actitud del general Villate, toda vez que ni sus más íntimos amigos saben cuál es la política con que hoy más simpatiza.

El antiguo órgano de los moderados quiere colocarle en una situación espectante é indefinida, y con esto es con lo que no se avienen los amigos políticos del conde, ni mucho menos los fusionistas. Según ellos, permanecer en esa actitud reservada de la que tanto partido sacan los conservadores, quizás sin fundamento real, es impropio de personajes políticos que, como él, han influido y están llamados á influir en la vida pública.»

*El Día* anuncia que en la próxima reunión se planteará en las Cortes la cuestión de la escala alcohólica y de las relaciones arancelarias entre España é Inglaterra.

En la legislatura anterior, el señor Moret explanó una interpelación, que fué contestada por el señor ministro de Estado. Suponemos que *El Día* aludirá á la intervención del ex-ministro de Hacienda en ese debate.

Afirma un periódico que en el caso de que se hiciera la anunciada promoción de senadores y el Gobierno propusiera á S. M. el Rey el nombramiento de algunos fusionistas para estos puestos, es ya indudable que aquellos aceptarían porque el Directorio les ha autorizado para ello.

Los jóvenes demócratas que han organizado en Madrid un banquete en honor de sus ideas, han dirigido á *El Liberal* y á *El Globo* una carta negando que aquel suceso hubiese de tener nuevos aplazamientos, pues, indefectiblemente se celebraría el día 20, es decir, ayer Lunes.

Y de paso explican la idea que ha presidido á la organización de dicho banquete, en párrafos como este:

«Esta ha sido pura y exclusivamente la de manifestar por medio de un acto de adhesión á las ideas y á las soluciones de la democracia, que á pesar de las tristes condiciones en que se encuentra nuestra política, se ha venido formando en el país una juventud numerosa y entusiasta cuyo ideal está formado por los principios generales de la democracia europea, y que esa juventud está resuelta á propagarlos, defenderlos y á procurar su triunfo, luchando sin tregua contra la política conservadora y los gobiernos que la representan y practiquen.»

¡Magnífica idea!

*El Día* hace observar que España no ocupará el primer puesto entre las naciones vinícolas mientras no cuente con comerciantes de vinos, establecidos en los grandes centros de cultivo y en los puertos de más movimiento, singularmente en los puertos del Cantábrico, que tienen con Inglaterra relaciones frecuentes y directas.

¿Qué sucede hoy?

Los comisionistas franceses recorren en gran número las regiones vinícolas, verificando compras de importancia. No decimos, no podemos decir que esto sea un mal; por el contrario, es un gran bien; sin los comisionistas franceses, si el comerciante francés, nuestra producción vinícola arrastraría vida lánguida y miserable. Pero ¿por qué el comerciante español no ocupa el puesto de aquellos? ¿Por qué no ejecuta los actos que esos comisionistas llevan á cabo, aprovechando las ventajas que les da el mayor conocimiento del país, las menores distancias á que necesita transportar sus mercancías? Por razones muy sencillas: porque desconoce sus verdaderos intereses; porque no ha llegado á comprender las ganancias que puede ese negocio reportarle, y porque encuentra en su camino dificultades insuperables en las actuales circunstancias.

La mayor parte de los periódicos se ocupan de una conferencia celebrada por el general Moriones con el presidente del Consejo de Ministros.

*El Correo* cree «que el haber declinado el general Moriones el nombramiento de senador vitalicio (que en efecto le ofreció ayer el Sr. Cánovas y la noche anterior el señor ministro de la Guerra, á más de la presidencia de la Junta consultiva de Guerra), esto y otros inconvenientes, aunque menos insuperables, son causa de que sobre este asunto no hablen hoy los altos círculos ministeriales un lenguaje tan explícito como los días anteriores, si bien no se desiste de la empuja.»

*La Correspondencia* niega en absoluto que el Gobierno haya ofrecido nada de esto al general Moriones.

En igual sentido se expresa *El Diario Español*.

En la *Correspondencia de París* se lee lo siguiente:

«La expulsión de las órdenes religiosas llegó á interesar á las colonias españolas é inglesas de París.

Los padres de la Adoración Perpetua, en la Avenida de Friedland, poseen una capilla donde concurren las familias españolas. Los padres pasionistas cuentan con otro templo destinado como el anterior al culto católico, y á que asisten los ingleses residentes en París.

La población hispano-americana en París excede en 16.000 habitantes; la inglesa de 13.000.

Después de expulsar á los jesuitas españoles de Perpiñán, de Poitiers y de Poyanne, y á los pasionistas ingleses de Burdeos y Pas-de-Calais, los embajadores de España y de Inglaterra hicieron presente la situación en que quedaban los católicos de sus respectivos países que habitan París, si se suprimía totalmente el culto de las dos capillas citadas.

El ministro de Negocios extranjeros sometió la cuestión á sus compañeros de Gabinete, y se decidió en Consejo dar cumplida satisfacción á los españoles é ingleses, dejando abiertos los dos conventos, pero á condición de que el número de religiosos sería reducido á cuatro en cada uno de ellos á fin de que pudieran atender á las necesidades del culto, invi-





